

pero, decía, Dios vela por la defensa de la Italia, del Estado, de la Iglesia y de esta ciudad, y somete su tutela á la gran protectora de Roma, MARÍA SANTÍSIMA, y á los Príncipes de los Apóstoles; y aunque mas de *un sacrilegio* haya mancillado á la capital del mundo católico, no por esto mengua en Nos la confianza de que los ruegos de la Iglesia subirán á la presencia del Señor para conseguir descendan las bendiciones que confirmen á los buenos, y hagan entrar á los malos en los caminos del honor y de la justicia.»

El día 1.º de julio un nuevo mensaje de la Asamblea, pidiendo como siempre la guerra, se presentó á Su Santidad; el Papa, despues de oido el discurso de las Cámaras, contestó con el tacto político que le caracteriza:

«Pláceme, señores, haber oido de vosotros el nombre del *Estatuto fundamental*, y cabalmente yo encuentro en el mismo Estatuto la contestacion que debo daros. Vosotros me pedís grandes y extraordinarias medidas; empero estas deben ser discutidas en el alto Consejo antes de que yo dé respuesta acerca de ellas. Entre tanto os advierto que los ejércitos no se improvisan. El gran capitán de nuestro siglo, que aun vivía en los días de mi juventud, y á quien todos, si no habeis conocido personalmente, conoceis á lo menos por la historia, ni aun en los mayores apuros se aventuró jamás á llevar á los campos de batalla á gente acabada de reclutar sin estar de antemano adiestrada por la disciplina.

«Hablais de traer legiones extranjeras; empero esto exige mucho tiempo para las negociaciones y los viajes, y cabalmente me hablais de peligros inminentes.

«Esperemos que la providencia de Dios remediará las necesidades del Estado y de la Italia, valiéndose de medios que nos son desconocidos, empero que debemos acatar.

«Hay entre vosotros muchos, quizá la mayoría de consejeros, que no dejándose arrastrar del ímpetu de las pasiones, comprenden las verdaderas necesidades del país, entre las cuales la mayor y la mas urgente es la de restablecer el orden público tan quebrantado.»

El nuevo Ministerio, presidido por el conde Fabri, estaba formado, además del conde Rossi, que continuaba en él, de los jefes siguientes:

El conde Lauro Lauri, Hacienda.

El conde Pedro Guerini, Obras públicas.

Francisco Perfetti, Policía.

Pascual de Rossi, Gracia y Justicia.

Camilo Gaggioti, Guerra.

Este Ministerio, compuesto de insignificantes medianías, se consagró únicamente á estudiar las trascendentales cuestiones que se hallaban, digámoslo así, sobre el tapete.

Cuestion de las armas; cuestion de la imprenta; cuestion del orden público. Echemos una ojeada sobre estas tres cuestiones, que eran el gérmen del mal-estar de los romanos en aquellos días.

CAPÍTULO XIX.

LAS TRES CUESTIONES DE LA REVOLUCION.

EL Ministerio Mamiani habia empeorado lamentablemente la situacion de Roma; todo era allí anómalo.

Sin declaracion de guerra, se libraban y perdian importantes batallas; con libertad de imprenta, se sostenia la mas repugnante tiranía contra la expresion del pensamiento; bajo lo que se llamaba el imperio de la ley, habia desaparecido toda seguridad individual, doméstica y social.

Las fuerzas que el Papa habia enviado á la frontera no se resignaron á cumplir la consigna del Soberano. Llenas de ardor bélico, aunque ni instruidas ni preparadas convenientemente, se propusieron combatir con uno de los ejércitos mejor organizados y mas diestramente dirigidos. Ya hemos hablado de la derrota de Cornuda; empero aquella no tuvo importancia comparada con los desastres que debian seguirla.

Vicencia no tardó en caer en poder de los austriacos, comprometiendo todas las posiciones de los italianos; tras la toma de Vicencia vino la de Ferrara.

Los imperialistas iban avanzando; y los partidarios de la Italia independiente no podian menos de convencerse de que era mas difícil vencer en la frontera que perorar en el Anfiteatro.

El empeño supremo de los rojos era inclinar el ánimo del Papa á la guerra; era arrancarle algun acto que, implícitamente á lo menos, pudiera interpretarse como una declaracion.

Cediendo al espíritu dramático que á los italianos caracteriza, pedian los belicosos que la basilica de San Pedro fuese colgada de negro, y que en medio de sus velas apagadas el Papa lanzara anatema á las tropas austriacas.

Exacerbados los ánimos por la negativa perseverante del Sumo Pontífice á declarar la guerra y por la perseverante negativa de la victoria á descender sobre las banderas italianas, imagináronse que los combatientes romanos se habian coronado de heroismo en medio de su derrota.

Los derrotados de Vicencia fueron recibidos en Roma como en triunfo; los himnos de la victoria ahogaban los verdaderos suspiros de la patria destrozada; y mientras el extranjero hundia mas y mas la punta de su lanza en el corazon de Italia, el Senado romano, parodiando el regreso de las huestes de los Césares, decia por boca del príncipe Corsini:

«Magnánimos romanos; el Senado, que ya en otras circunstancias os envió sus sinceras felicitaciones, se considera dichoso hoy de poderos dispensar pública acogida inspirada por un afecto paternal, y os ofrece daros cuanto antes una pequeña muestra de su reconocimiento. Mientras tanto declara que habeis merecido bien de la patria.»

Pocas son en verdad las exigencias de una patria que tan fácilmente distribuye el dictado de *benemérito*.

La entrada en Roma de aquellos soldados tenia todo el carácter de una fuga, que se pretendia encubrir con abundancia de palmas y laureles.

Á medida que iban creciendo los apuros de Carlos Alberto y de las legiones romanas que se le habian adherido, Roma sentia mas necesidad de un simulacro de victoria para alentar el espíritu decaído de la juventud.

Era el anochecer de un caluroso dia, en la hora en que el pueblo romano se paseaba en busca de fresco ambiente, cuando un postillon cubierto de polvo penetra por Ponte-Molle, y atraviesa la plaza del *Popolo* y el Corso, gritando: «¡Victoria! la espada de Carlos Alberto acaba de salvar la independencia italiana.»

Los ánimos encogidos se dilatan, las fisonomías sombrías se alegran, la ciudad se engalana é ilumina, las campanas se lanzan á vuelo, los ciudadanos de todas clases y categorías se felicitan, se besan, se abrazan.

¡Victoria! dicen unos; las águilas romanas han despedazado á las águilas imperiales, y remontando su vuelo podrán medir otra vez el espacio y el sol. ¡Victoria! claman otros; del mar de sangre por los bárbaros vertida se ha levantado la aurora del dia de la antigua grandeza. ¡Victoria!

La locura del patriotismo, pues tambien el patriotismo siente con frecuencia cierta locura, se posesionó de los habitantes de Roma; el Capitolio imaginaba que volvia á dominar el mundo político.

Y sin embargo, todo aquel imponente movimiento se basaba en una noticia falsa. El postillon era un hombre comprado; el nuncio verdadero llegó á la mañana siguiente, con el parte exacto de la derrota total de Carlos Alberto en Custoza. El Austria habia atravesado el Mincio y reconquistado Peschiera; Italia habia perdido el material destinado al sitio de Mantua.

Derrota mas desastrosa no puede concebirse.

El Austria se sentia conquistadora, y obraba como á tal.

Las Legaciones fueron de nuevo invadidas, y los que en el Anfiteatro juraron vencer ó morir, ni murieron ni vencieron: retiráronse anatematizando á los bárbaros que peleaban para rechazar con las armas los innobles dictados que se les dirigian.

Jamás soberano alguno se ha visto en mas terrible conflicto como Pio IX en la gran cuestion de la guerra.

Por una parte las exageraciones de sus súbditos querian arrastrarle por la pendiente de las venganzas sangrientas; por otra parte, la actitud cada dia mas comprometedora del Austria exacerbaba los ánimos, que no podian ser contenidos por ninguna humana fuerza.

El dia 7 de agosto el mariscal austríaco Welden entró en Bolonia, precedido de una proclama dirigida á las Legaciones, con fecha del 3, en que anunciaba el inmediato paso del *Po* por sus soldados, á fin de *acabar con las facciones, que no cesan de turbar la paz y el orden público*. «El Padre Santo, decia el General, inspirado por el sacrosanto ministerio de que se halla investido, ha protestado una y muchas veces que *no quiere la guerra*... al abrigo de toda idea de conquista, intento únicamente *proteger* á los pacíficos habitantes y *conservar* á vuestro Gobierno el dominio que le disputa una faccion.»

Todo esto era una verdad pura; solo que colocaba al Pontífice en posicion excepcional.

Así es que el cardenal Soglia, ministro de Estado, protestó en nombre de Su Santidad, el que envió al cardenal Marini, y á los príncipes Corsini y Simonetti, á intimar al general Welden el inmediato desocupo de las posesiones invadidas.

Mientras los ejércitos italianos se dispersaban, y el Austria paseaba por doquiera el pendon de sus triunfos, Mazzini desde léjos dirigia sus bélicas proclamas: «Venid, venid, decia en una de ellas; acudid todos los habitantes de las provincias de Comasco, de Brescia, de Bérgamo, en una palabra, de toda la Lombardia, genoveses, todos los que morais en el Piamonte, los de Parma, de Módena y Toscana; ea, marchemos al campo de la Italia, al baluarte de los Alpes; sabrémos defender la frontera, y, si es preciso, la pasarémos.»

Cuando Mazzini escribia esto, quienes habian pasado la frontera eran los austríacos.

Las derrotas italianas eran tanto mas sensibles en cuanto el Emperador, sea dicho en honor de la verdad, habia hecho proposiciones admisibles al honor y á los intereses de la Península.

En 24 de mayo el baron de Hummelaner, autorizado por el ministro del Interior y presidente del Consejo del imperio, habia sometido al Gabinete de Londres un proyecto de tratado sobre las siguientes bases:

«La Lombardia cesará de pertenecer al Austria, siendo libre de quedar independiente ó de unirse al Estado de la Italia que ella crea deber elegir, empero se encargará de una parte proporcional de la deuda austríaca. El Estado veneciano quedará bajo la soberanía del Emperador: tendrá una administracion separada y enteramente nacional, arreglada por los representantes del país, sin la intervencion del Gobierno imperial, y representada cerca del Gobierno central de la monarquía por un Ministro que dirigirá sus relaciones con aquel mismo Gobierno.»

«La administracion veneciana tendrá por presidente un archiduque virey que residirá en Venecia en calidad de lugarteniente del Emperador. El Estado veneciano pagará sus propios gastos y contribuirá á los del Emperador con doscientas mil libras al año. Tomará por su cuenta una parte de la deuda nacional. El ejército veneciano será enteramente nacional, pero estará sometido al ministro de la Guerra.»

¡Lástima que la obcecacion de los políticos italianos cerrara la puerta á las negociaciones diplomáticas para lanzarse á las aventuras de los combates!

El nuevo Ministerio se consagró á avivar el espíritu bélico, que notablemente decaía, en vista de los desastres que se sucedían.

«Léjos de mí, decía el ministro de la Guerra en una proclama publicada en 6 de agosto, la idea de que un espíritu degenerado se manifieste en vosotros; si así fuere, deberíais conmoveros al pensar en nuestras ciudades vilipendiadas y destruidas, en vuestras esposas y vuestras hijas deshonradas, en vuestros ancianos y niños degollados. ¡Á las armas, pues, en nombre de este Dios que no puede abandonar á la rabia de un cruel enemigo al pueblo que defiende sus hogares y sus derechos!»

Si el señor Ministro les hubiera dicho: «¡Al Anfiteatro á perorar!» en vez de decirles: «¡Á las fronteras á combatir!» fuera sin duda mas prontamente obedecido.

Empero los italianos—y no se ofendan al oír esta verdad—son mejores poetas que soldados; la Italia entregada á sí misma no sostendrá ninguna lucha séria. Tienen allí los hombres mas imaginacion que valor, mas poesía que arrojo; el pincel conquistará en Italia mas laureles que la espada.

En el campo de batalla iba menguando el número de los lidiátes, mientras la prensa se entretenía en organizar imponentes ejércitos. Un periódico semioficial amenazaba al Austria con los siguientes terroríficos ejércitos:

«Los Estados romanos, decía, pueden poner sobre las armas seiscientos mil hombres; la Toscana, trescientos mil; la Lombardia, ochocientos mil; tenemos, pues, un total de un millon setecientos mil soldados.

«¡Nunca Napoleon I contó con tan formidable ejército para conquistar la Europa!»

Y sin embargo los soldados, que en tanto número aparecían en las páginas de los periódicos, no se dejaban ver en el teatro de la lucha.

Hasta sufrir un número considerable de derrotas los hombres políticos y los periodistas proclamaban que la Italia se bastaba á sí propia, y que su mas siniestro suceso sería una alianza con cualquiera grande potencia. La repugnancia mayor Italia la sentía respecto á la Francia.

Una de las mas enormes humillaciones de los italianos fue el bajarse á pedir de hinojos á la Francia una mediación, cuya sola idea rechazaba altiva; tres diputados, designados por las muchedumbres oficialmente inspiradas, se acercaron al duque de Harcourt, embajador de Francia, suplicándole el socorro y auxilio de la nacion que representaba en favor de la causa italiana.

El representante de la república francesa les dió una contestacion severa y noble á la vez, una leccion y una esperanza:

Dijoles: «Aunque quedo sumamente lisonjeado por mi nacion del pedido que me haceis, empezaré declarándoos que me sorprende en alto grado. Las diatribas de vuestros periódicos y los discursos de vuestros oradores ciertamente no me habian preparado á ello. Vosotros mismos debéis reconocerlo, porque vuestros escritos significaban otra cosa bien distinta. Sin embargo, la Francia es grande y generosa, y fácilmente olvida. Ignoro la resolucíon que tomará con respecto á Italia. Nada tengo que deciros, pues, de mi jefe. Tan solo en el caso de que hagáis una petición, y que esta la suscriban un gran número de personas notables que representen los pueblos romanos, me apresuraré á enviarla á mi Gobierno.»

Esta tentativa revela el grado donde habia llegado la desesperacion de los

italianos: la cuestion de la guerra se presentaba bajo todos conceptos funesta.

No era mas halagüeña la cuestion del órden público.

Roma era el punto de reunion de los perversos de todos los países; acudían allí como á un centro en el que disfrutaban de una especie de inmunidad todos los crímenes. El insulto y el asesinato empezaban á formar parte de las costumbres del sóbrio pueblo romano, ó mejor, de los que acudían á formar una especie de pueblo romano improvisado.

El cuadro moral de Roma se halla trazado con magistral exactitud en la sentida *alocucion* que á 1.º de mayo Su Santidad dirigió á su pueblo.

Es un documento importante, porque revela aquella situacion triste.

«Cuando Dios, decía Pro IX, por uno de sus admirables designios nos llamó, á pesar de nuestra indignidad, á suceder á tantos soberanos pontífices, ilustres por la santidad, la ciencia, la prudencia y demás virtudes, sentimos inmediatamente la importancia, el peso grave y las dificultades de la carga que se nos confiaba; y elevando hácia él las miradas de nuestra alma, lo diríamos en alta voz, descorazonados y abatidos, le suplicamos nos asistiera con una abundancia extraordinaria de luces y gracias. No ignorábamos la posicion bajo todos conceptos difícil en la que nos íbamos á encontrar, las que han sido tantas, que hemos atribuido á un verdadero milagro del Señor el que no hayamos sucumbido en los primeros meses de nuestro pontificado; pues aun nos admiramos como hayamos podido resistir á la presencia de tantos males, como los que nos mortifican y gastan sensiblemente nuestra fuerza y nuestra vida.

«Para calmar nuestra inquietud no bastaban las demostraciones de amor que nos prodigaba un pueblo que teníamos derecho á creer afecto á su propio padre y soberano; por esto nos consagramos con mas ardor á implorar el socorro de Dios por la intercesion de su santísima Madre, de los santos Apóstoles protectores de Roma y de otros bienaventurados habitantes del cielo.

«En estas disposiciones examinamos la rectitud de nuestras miras, y luego, tomado consejo de muchas personas, y por regla general de todos nuestros venerables hermanos los cardenales, adoptamos las medidas relativas á la organizacion del Estado, que han sido sucesivamente aplicadas. Ellas fueron acogidas con el júbilo y los aplausos de todos sabidos, recompensa abundante para nuestro corazón.

«No obstante, sobrevinieron en Italia y en casi toda la Europa acontecimientos que, inflamando los espíritus, hicieron concebir el proyecto de hacer de la Italia una nacion mas unida y compacta, y de nivelarla con las potencias de primer órden. Este sentimiento produjo la insurreccion de una parte de la Italia, impaciente para emanciparse. Los pueblos corrieron á las armas, y es con las armas que se prosigue aun la lucha entre los combatientes.

«Ningun impedimento se opuso al ardor de una parte de nuestros súbditos que espontáneamente se constituyeron en milicia cívica; organizados y mandados por respectivos jefes, recibieron órden de detenerse en la frontera del Estado. Estas instrucciones estaban conformes á las explicaciones que Nos dimos á los representantes de las naciones extranjeras, así como á las exhortaciones que Nos dirigimos á los militares que antes de su partida solicitaron de Nos una entrevista. Nadie ignora las palabras que pronunciamos en nuestra última *alocucion*, por las que hemos dado á conocer que nos hallamos muy léjos de declarar la guerra, al paso que por otra parte tampoco queremos de

ninguna manera apagar el ardor de aquellos súbditos nuestros que se hallan animados del mismo espíritu de nacionalidad que los demás italianos.

«Y aquí no queremos prescindir de recordaros que en esta ocasión no olvidamos la solicitud que os debemos como á Padre y Soberano; Nos hemos tenido cuidado de proveer, por los medios que hemos creído más conducentes, á la mayor seguridad posible de aquellos hijos y súbditos nuestros que sin nuestra voluntad se hallaban expuestos á las vicisitudes de la guerra.

«Las palabras de la alocución que acabamos de recordar han producido una emoción que amenaza estallar en actos de violencia, y que no respetando siquiera las personas, pisoteando toda especie de derechos, intenta,—¡oh gran Dios, hiélasenos el corazón al pensarlo!—intenta enrojecer las calles de la capital del mundo católico con la sangre de venerables personajes, víctimas inocentes señaladas al furor insensato de algunos desgraciados que se resisten á escuchar la voz de la razón.

«¡Y ved ahí la recompensa que debía esperar un Soberano Pontífice por tan repetidas muestras de amor como tiene dadas á su pueblo!

«*Popule meus, quid feci tibi? ¡Oh pueblo mio, qué mal te he hecho!*

«¡Desgraciados! ¡No se aperciben que además del enorme crimen con que se mancillarian y el incalculable escándalo que darian al mundo, no conseguirían sino deshonorar la causa que pretenden sostener, llenando á Roma, al Estado y á toda la Italia de un cúmulo de desventuras! Y en semejante caso—que Dios aleje cuanto sea posible—¿podría permanecer inactiva en nuestras manos la autoridad espiritual que Dios nos ha concedido? Sépanlo todos de una vez: Nos sentimos toda la grandeza de nuestra dignidad y la fuerza de nuestro poder.

«Señor, salvad vuestra ciudad; librad á Roma de tales desgracias; iluminad á cuantos se resisten á escuchar la voz de vuestro Vicario, conducidos á más prudentes vías, á fin de que, sometidos á aquel que les gobierna, pasen días menos amargos en el ejercicio de la vida cristiana, sin el cumplimiento de cuyos deberes no se puede ser ni buen súbdito, ni buen ciudadano.»

Página bella al mismo tiempo que aterradora es la que forma la alocución que acaba de leerse. Ella dice claro que en el firmamento de Roma se cernían nubes de sangre y fuego; que las pasiones desencadenadas buscaban víctimas preciosas en que cebarse; que los beneficios del Pontífice recibidos iban olvidándose, y que había llegado la hora de que el benefactor de la Italia preguntara como un profeta: *¿Pueblo mio, qué mal te he hecho?*

Después de los «*hosannas*» con que el nombre y los actos de Pio IX habían sido recibidos, parece increíble que la maldad hubiera podido enseñorearse del espíritu público hasta al exceso que revela tan autorizada descripción.

No era, por cierto, exagerada la sombra negra que el Papa trazaba en el cuadro de la situación romana.

La demagogia había empezado su obra de persecución. La casa de los Jesuitas fue el punto objetivo del asalto de las hordas salvajes en Roma acumuladas. Horroriza el pensar en el número y la calidad de las víctimas que se hubieran sacrificado al furor de los clubs sin el heroico valor de Merode, que salió á la defensa de aquellos inofensivos Padres.

Como á señal de provocación se había colocado en la puerta del *Gesu* un gran cartel con este aviso: *Casa para alquilar; est locanda.*

En una noche de borrasca y de peligro el pueblo expresó espontánea y ad-

mirablemente su espíritu; viendo amenazados á los Jesuitas, una comisión de transtiberinos se presentó al P. Roothan, general de la Orden:

«¿Qué pretendéis, amigos míos?» les dijo el Padre.

«Defenderos, le contestaron. Todavía hay tiempo. Los enemigos de la Religión no son fuertes sino porque los hombres de bien son débiles. La audacia y la palabra son el secreto de los triunfos revolucionarios. Mas nosotros, que sabemos obrar, no sabemos hablar; empero la buena causa es nuestra, y nuestra causa es la del buen Dios. Decid una sola palabra, y acabaremos con vuestros adversarios.»

El P. Roothan agradeció la decisión de los transtiberinos, mas no aceptó el generoso sacrificio que le ofrecían. «Tranquilizaos, hermanos, les dijo; nosotros estamos tranquilos, y en nuestra cualidad de inocentes solo invocamos la defensa por la ley comun. Si este apoyo nos falta, loado sea Dios; suya es nuestra vida, y puesto que el jesuita solo por Dios vive, en sus brazos nos arrojamos, sin preocuparnos la idea de que se acelere la hora de nuestra inmortalidad.»

Este episodio prueba cuál era el espíritu del verdadero pueblo de Roma.

Era tan siniestra la tempestad que amagaba á los Padres de la Compañía, que el Soberano Pontífice les aconsejó se alejaran por algún tiempo de la Ciudad eterna. El huracán era irresistible.

Otras personas que, sin pertenecer á la Compañía de Jesús, se hallaban identificadas con el espíritu de JESUCRISTO, eran blanco de iguales persecuciones.

No había ya orden público.

El Ministerio Fabri hubo de atender con preferencia á devolver la confianza y la calma á los ánimos; algunas medidas dictadas por el Ministro del Interior tenían esta tendencia. Empero la autoridad se había emancipado de su principio y de su base; la nave había perdido su timón, y á todo viento se dirigía á estrellarse contra las rocas.

Enlazada con la cuestión del orden público estaba la de imprenta. La prensa se hallaba desbordada de tal manera, que nada había respetable para la pluma del escritor. No solo las disposiciones del Gobierno, sino también la fama de los gobernantes, pendía del capricho de un humorado folletista; desde el Papa hasta el último monaguillo, todo era objeto de solapadas sátiras unas veces, y otras de intencionados y directos ataques. No hay que decir que las discusiones perdían con frecuencia su carácter político y filosófico para transformarse en cuestiones sociales del peor género.

Todos los hechos salían á luz completamente desfigurados, según los intereses de los partidos que los publicaban. Tan allá fué en Roma la libertad de la prensa, que los embajadores de Austria y Francia se creyeron en el deber de preguntar á Su Santidad si había llegado la hora de poner un freno á periódicos tan sueltos como el *Contemporáneo* de Sterbini, la *Bilancia*, la *Palade*, el *Itálico* y otros.

El Ministerio Gizzi obtuvo de Su Santidad un reglamento de censura; empero dejábase tan ancho el círculo de la acción libre de los publicistas, que casi puede decirse que el censor carecía de verdadera jurisdicción.

Empero la tolerancia del Gobierno pontificio respecto de la imprenta era correspondida por los perversos demagogos con un verdadero despotismo contra los escritores religiosos y sensatos.

El error oye siempre con disgusto la expresion de la verdad. La verdad es mas tolerante porque es mas robusta.

Cuando los sagrados fueros de la Religion y del derecho encontraban en Roma algun defensor decidido, los clubistas le señalaban con el dedo á la animadversion de las muchedumbres, indicándole como una víctima para el dia que ellos llamaban de la sagrada cuenta.

No esperaron la fecha de aquella liquidacion los vengativos demagogos para deshacerse de un esforzado adalid en el campo periodístico. El abate Jimenez sostenia, desde *El Lábaro*, un combate enérgico contra la perversidad y el sofisma. Un artículo que tituló Los tres *fiaschi* desenmascaraba de tal manera las intenciones de ciertos personajes revolucionarios, que los aludidos juraron vengarse inmediatamente.

Los que reclaman para sí la impunidad del insulto, no toleran que se descubran las hediondas llagas de su conducta pervertida; odian la luz porque obran mal.

Á los pocos dias de la publicacion de aquel enérgico escrito el abate Jimenez fue vilmente asesinado.

Sus compañeros de redaccion publicaron entonces la declaracion siguiente:

«Uno de nuestros colegas ha sucumbido ayer de una estocada dirigida por una mano desconocida. No teniendo la autoridad bastante poder para asegurarnos la libertad de la opinion y la personal, garantidas por las leyes, la redaccion de este periódico ha resuelto suspender su publicacion hasta que aquellas hayan recobrado toda la fuerza de su imperio.»

El Ministerio del 2 de agosto hizo regir con suma severidad el reglamento de la censura, con lo que resfrió un tanto el ardor de las calumnias, y llevó el sosiego á los ánimos; por otra parte disolvió los cuerpos francos que, creados para la guerra contra el extranjero, no servian sino para turbar el orden de la patria.

La superficial calma de que gozó Roma á breves intervalos, durante el Ministerio Fabri, era mas bien producto del cansancio naturalmente producido por tan duradera agitacion, que resultado de una organizacion mas sólida y estable.

Ni el Ministerio se hallaba revestido de bastante autoridad moral para cimentar un orden sistemático, ni los ánimos se hallaban en situacion de dejarse dominar por ningun poder.

Pro IX procuró la suspension de las sesiones de las Cámaras, que ya no servian sino de embarazo á la direccion de los negocios; en efecto, las Cámaras suspendieron la legislatura el dia 26 de agosto, aplazando las sesiones para el dia 15 de noviembre.

Antes de separarse los diputados acordaron en sesion secreta publicar las siguientes proposiciones ó *desiderandum*:

«1.º Que el Soberano Pontífice convoque un congreso, en el cual se discutan los intereses de la Italia, convenientemente representados en toda la latitud del poder espiritual y temporal del Pontificado.

«2.º Que en nombre de Pro IX se exija la evacuacion entera de los Estados de la Iglesia, comprendiéndose la fortaleza de Ferrara, reservada por un tratado reciente. Que en las condiciones relativas al reino lombardo-veneciano

sean garantidas la libertad de los pueblos y la independencia de la nacion italiana, devuelta la Italia á sus límites naturales.

«3.º Que el Soberano Pontífice intervenga para restablecer por medio de su autoridad la paz entre los sicilianos y napolitanos, ó cuando menos una suspension de armas que pueda servir al triunfo de la causa italiana.

«4.º Que en las negociaciones diplomáticas ya principiadas se pongan de concierto los representantes de los Estados italianos con los intereses de la Italia, para que de su acuerdo se produzca inmediatamente la liga y la Dieta nacional.

«5.º Que el Gobierno pontificio se ocupe lo mas pronto posible de la conclusion de esta liga y de la formacion de esta Dieta.

«6.º Que sea organizado y disciplinado el ejército á tenor del modo y número prescritos por la Cámara, y esto hasta tanto que la cuestion italiana quede resuelta.

«7.º Que el Gobierno se dedique á restablecer por todos los medios que están en su poder la confianza recíproca entre el clero y el pueblo.

«8.º Que el Gobierno y las Cámaras se ocupen en efectuar una reforma financiera en el Estado antes del año 1849.

«9.º Que se atienda y haga justicia á las clases inferiores y á los propietarios, descargando á las primeras del peso que gravita directamente sobre ellas, y que para los segundos sean mas equitativas las contribuciones, aplicándolas á toda clase de rentas.»